



# PERTURBADO

PAUL HARPER

# Perturbado

Paul Harper

Traducción de  
Julia Osuna Aguilar

**Rocaeditorial**

## Capítulo 1

*San Francisco*

Cenaban tarde en el Crete.

El chino de rasgos andróginos llevaba un esmoquin sin corbata, un bigotito y el pelo azabache cortado a lo *garçon*. El otro hombre era bien parecido, con un cabello frondoso y muy repeinado color miel, ojos gris azulado y una mandíbula prominente. Iba vestido con una americana marrón chocolate, pantalones italianos de seda en tono café y una sobrada actitud de seguridad en sí mismo.

2

Sentados a una mesa de un rincón no muy lejos de la barra de mármol blanco, compartían una lubina con miso caramelizado y mojitos de coco. El local estaba atestado de habituales del barrio de The Castro, quienes flotaban bajo la luz fucsia que rebotaba en los espejos tintados de rosa y en las cristaleras. La clientela era cosmopolita, muy a la última, *très chic*.

El chino, el que más hablaba, parloteaba animadamente. El caucásico estaba recostado contra el respaldo como si la cosa no fuese con él, aunque miraba fijamente a su acompañante, divertido quizá por la energía que desprendía su forma de actuar.

Se fueron del Crete a la hora del cierre.

El hotel que tenían en The Castro era un sórdido decorado cinematográfico situado en un callejón apartado. La ventana daba a Le Mesonge, una discoteca que palpitaba con una base melódica que se sentía por toda la calle.

Cerraron y dejaron la llave puesta. Al tiempo que el caucásico iba hasta la ventana y se quedaba contemplando el exterior, el chino retiró la colcha y la sábana de arriba y lo tiró

todo a un rincón. Al volverse se encontró al caucásico justo delante de él; le sacaba una cabeza. El chino permaneció inmóvil mientras el otro hombre le desvestía.

Siguió una coreografía cuyos detalles no estaban ensayados. Las líneas generales las había dictado previamente el caucásico; el asiático, por su parte, sorprendido e intrigado por lo oído, se había mostrado dispuesto a seguirle el juego. El escenario propuesto era otra muestra más de la extraordinaria capacidad del caucásico de escrutar en la naturaleza oculta del otro. ¿Hasta dónde iba a llegar intuyendo aquellas fantasías que al chino le resultaban tan seductoras?

Más allá de la cuenta.

Tiró el esmoquin a un lado y ambos se quedaron a los pies de la cama. El caucásico arrancó con cuidado una punta del bigote del chino desnudo, solo una punta. Allí estaba ella, desamparada por voluntad propia, con un pellizco en el estómago.

3 El sexo fue extravagante hasta el punto de rayar en lo bizarro. Intenso y asombroso, tal y como ella se lo había imaginado.

El hombre se quedó dormido justo después, como si ella le hubiese echado algo en la última copa. Y fue entonces, estando allí tumbada sobre la sábana sin colcha, desnuda y rígida cual cadáver, cuando le embargó el miedo.

Repetía en su cabeza la zarabanda que habían bailado, paso por paso. Había sido todo idéntico a lo que había imaginado y precisamente eso era lo que le infundía aquel miedo mortal.

Lo que ese hombre le acababa de hacer sobrepasaba con mucho la intuición. Era desconcertante, y le hacía sentirse como si su cerebro físico hubiese dejado de ser el único alambique de su imaginación. Sus fantasías sexuales eran precisamente eso: sus fantasías sexuales, las de ella, y aun así, el hombre había recreado uno de esos guiones con una fidelidad tal que solo podía calificarse de siniestra.

En su cabeza no constituía una trama tan aterradora; únicamente entonces, al presentársele desde la imaginación de otra persona, le había resultado horripilante. El escalofrío que experimentaba nada tenía que ver con las noches de The Castro, sino con la mente que dormía a su lado.

Nada más empezar el idilio ya era consciente de que se trataba de todo un tópico, pero aun así lo agradeció. La aventura sexual, en los márgenes desdibujados de la decencia, la incipiente conexión especial, la penetrante fragancia del peligro, todo ello se había convertido en una demanda muy necesaria en la dilatada historia de su destartada vida emocional. Sin embargo, en los últimos tiempos la extraña complicidad entre ambos resultaba cada vez más inquietante, por no decir anormal. Estaba consiguiendo que se asustase de verdad.

Esa noche había sido demasiado. No podría repetirlo. No le importaba lo guapo que fuese; ni tampoco lo alocado y estupendo que fuese el sexo. Tumbada allí con pedazos de sus pensamientos en la cabeza de otra persona, decidió que había tenido suficiente. Pondría punto final al idilio.

Pero ¿cómo pensaba hacerlo exactamente? La próxima vez que él la llamase no se lo cogería. ¿De verdad iba a ser tan sencillo? ¿Podía terminar solo porque ella lo deseara? Estas cosas funcionan así, se dijo. Ambos utilizaban nombres falsos; había sido lo primero que habían acordado: Robert y Mei.

¿Tan segura estaba de que él no sabía nada de ella? Se había atenido a las normas, pero ¿y él? Siempre quedaban a una hora y en un sitio preestablecidos, así lo había querido él. Nunca había visto su coche, no tenía idea de dónde vivía (una vez mencionó el condado de Marin), sabía solo por encima a qué se dedicaba (había dicho algo sobre una inmobiliaria). Esas formalidades habían surgido durante los primeros tanteos de la relación para acabar erigiéndose en las normas del romance. Así había sido.

Pero no podía irse por última vez sin saber quién era ese hombre. Él conocía hasta el último rincón de su cabeza, así que, ¿por qué no iba ella a averiguar al menos su verdadera identidad?

Se incorporó. Sus ropas formaban una montaña a los pies de la cama, los rescoldos físicos del seísmo psíquico de apenas unas horas antes. Se levantó, rodeó la cama, se agachó junto a las prendas y empezó a separarlas bajo la pálida luz de la ventana.

Cogió la americana y encontró la cartera del hombre en el bolsillo exterior. Cuando sus dedos la rozaron se detuvo y per-

maneció a la escucha; la respiración de él no había cambiado. Sacó la cartera, la abrió y vio el permiso de conducir en una funda de plástico. Poca luz. Lo inclinó hacia la ventana: Philip R. Krey, 2387, Leech, Mill Valley. Estudió la foto, repitió varias veces para sí el nombre y la dirección, y siguió rebuscando. Sacó el dinero, examinó los billetes y los devolvió a su sitio. Comprobó las tarjetas de crédito: todas a nombre de P. R. Krey. En un papelito había unos números de teléfono. No sería capaz de memorizarlos jamás.

Cerró la cartera y la volvió a meter en el bolsillo de la chaqueta.

—¿Ya te vas?

La recorrió un escalofrío y se levantó rápidamente para disimular su sobresalto, con la ropa en la mano.

—Sí, tengo que irme —dijo dejando la ropa sobre la cama. Agradecida por la escasa luz, desenmarañó como pudo las bragas, que habían quedado hechas un ocho.

5 —¿Quieres que te llame esta semana?

—Te llamo yo —le contestó en la oscuridad—. Mi marido tiene un par de cenas de trabajo esta semana. Tendré que hacer acto de presencia, aunque todavía desconozco los detalles. Ni siquiera sé qué días son.

Se puso la ropa interior. ¿Del derecho?, ¿del revés? Poco le importaba. Sin sujetador, cogió la camisa blanca y se la puso a toda prisa.

Él no decía nada. ¿Se habría quedado dormido?

—¿Qué pasa? —preguntó.

—¿Que pasa de qué?

—Te noto... tensa.

—¿Hecha polvo, más bien?

—Puede ser. —Miró hacia la ventana—. No se oye nada, no hay música.

—¿Qué quieres? Son las cuatro menos veinte —dijo abrochándose el último botón de la camisa. Cogió el pantalón del esmoquin, se lo subió y se lo abotonó.

—¿Tienes prisa? —inquirió él.

—No, es que tengo que irme —le respondió al tiempo que se agachaba y palpaba el suelo en busca de los zapatos.

—¿Te ha gustado cómo ha ido?

¿A qué venía ahora esa curiosidad?

—Claro. ¿Cómo no iba a gustarme?

—¿Sorprendida?

—Sí, claro.

—¿Qué te ha sorprendido?

—Todo. Yo diría que no te has dejado nada, Robert. Como te he dicho, estoy agotada.

Dio con los zapatos y se los puso. No quería hablar con él de aquello, solo quería alejarse de ese hombre, ni más ni menos. Después de peinarse con los dedos el pelo corto, le tocó buscar el bolso de cóctel de seda negra.

—¿Qué buscas?

—Mi bolso.

Una vez más fue hasta los pies de la cama, torció el gesto y pasó las manos por la alfombra mugrienta, bajo las ropas de él. Ahí estaba.

—Ya está —anunció. Debía pasar junto a él para alcanzar la puerta y le aterraba la idea de que extendiese la mano para tocarla, para hacerla reaccionar de algún modo.

El hombre se había incorporado con un codo apoyado en la cama y la observaba.

—Bueno... —dijo.

—Te llamo —se despidió la mujer mientras salía a aquel pasillo con olor a rancio y cerraba la puerta tras de sí.

Se levantó y fue hasta la ventana. Un minuto después ella salía por la puerta del hotel y recorría la calle a paso rápido hasta desaparecer.

De vuelta a la cama se agachó para recoger la americana y sacar la cartera. Dejó la chaqueta sobre la cama y volvió a la ventana.

Abrió la cartera: todo parecía en orden. ¿Estaba torcido el permiso de conducir? No. Un momento; sacó lentamente el dinero de su sitio: los billetes estaban bocabajo.

Bueno, total, tarde o temprano tenía que pasar. Como mucho buscaría la dirección por Internet. Esperaría a ver qué pasaba.

Se había producido un cambio, no obstante. Había contado

con que ella se alterase ante lo sucedido, pero no creyó que su ansiedad, al ir a más, tomase esos derroteros. Aunque pensó que tal vez aumentaría la crispación del sexo, si no se equivocaba con lo de la cartera, había suscitado suspicacia en vez de crispación. ¿Por qué de repente quería conocer ahora su identidad?

Por lo que a él respectaba, aquella mujer existía solamente dentro de los parámetros de una órbita minúscula que había creado para ella. No podía dejar que traspasase esas lindes secretas. No se podía permitir tal inestabilidad; y menos ahora: había mucho en juego.

## NOCHE DEL LUNES

## Capítulo 2

Al otro lado de la calle, Marten Fane vigilaba la entrada del Stafford desde su coche. Se trataba de un hotelito con encanto en la confluencia entre Russian Hill y Pacific Heights. Construido en la década de 1930, el edificio *art decó* había sido adquirido por una pareja de inversores con vista que lo habían restaurado sin reparar en gastos para resucitar su ambiente retro. Desde entonces se había vuelto popular entre el público local.

8

La entrada estaba bastante lejos de la calle, tras un jardín con setos de boj y viejos limeros. Un gran toldo verde musgo conducía hasta las puertas correderas de cristal.

Vera List llevaba ya un cuarto de hora en la habitación y Fane no había visto rastro alguno de vigilancia. Solía utilizar el Stafford para sus citas porque su ubicación permitía descubrir a posibles observadores. Por eso, y porque le gustaban las habitaciones.

Al salir del coche miró a través de la llovizna hacia la cuarta planta, justo a la mitad del edificio: la luz del cuarto estaba encendida. Cruzó la calle.

Ya en el vestíbulo se quitó la gabardina y echó un vistazo en la recepción. Había alguna gente, pero nada que llamase su atención. A la izquierda, las luces atenuadas del bar Metro le resultaron tan atractivos como siempre. Se dirigió hacia los ascensores.

Se bajó en la cuarta planta y fue hasta la habitación 412. Llamó y esperó a que ella le observase por la mirilla. La mujer descorrió el pestillo, abrió la puerta y se echó a un lado invitándole a pasar.

—Soy Marten Fane.

—Hola, yo soy Vera.

Con cuarenta y cuatro años, ella tenía la tez clara y una espesa media melena castaña que enmarcaba una cara ovalada. Su mirada era la de una persona inteligente y muy curiosa.

—Gracias por acceder a verme —le dijo a Fane cuando este hubo entrado en el cuarto. Pronunció las palabras con precisión pero con naturalidad. Pese a su evidente nerviosismo, se mostraba resuelta, una actitud que hizo que a Fane le cayera bien. Estaba decidida a ventilar aquel asunto, se tratara de lo que se tratase.

—Cómo no. Shen es un viejo amigo —respondió mientras colgaba la gabardina en la percha de detrás de la puerta—. Siempre me alegra que me llame.

9 La siguió a una sala de estar ante un par de ventanas que daban a la calle de la entrada del hotel. Esperó a que Vera tomase asiento para sentarse luego frente a ella, al otro lado de una mesa baja con un cristal ovalado que se apoyaba en tres tallas de desnudos de estilo moderno.

Vera no se recostó en el sillón, mantuvo la espalda recta y las piernas a un lado, cruzadas con decoro a la altura de los tobillos. Llevaba un vestido de punto de color gris perla, de manga al codo, que acentuaban sus largos y delicados dedos.

—El señor Moretti me contó que trabajaron juntos en la policía.

—Exacto, en Inteligencia —especificó Fane—. Yo era detective de Homicidios hasta que conocí a Shen y me convenció de que me trasladase a Inteligencia. Cuando se jubiló llevábamos doce años trabajando juntos.

—Me habló maravillas de usted. —Si bien se la notaba incómoda, se le daba bien controlar el lenguaje corporal—. Le conocí por mi hermana: eran vecinos. Una vez que decidí que tenía que... hacer algo, no se me ocurrió nadie más a quien acudir. Pero cuando le expliqué que tenía un problema que comprometía a dos de mis pacientes, que se trataba de un tema confidencial y que no quería involucrar a la policía ni a investigadores privados, me dijo que no siguiese, que no quería oír más. Y me dio su nombre.

—Bien —dijo Fane cruzando las piernas.

Se produjo un silencio incómodo.

—Me contó que usted... era conocido, entre los que lo necesitaban, como el hombre al que acudir cuando tienes un problema y no te quedan más opciones. También me dijo —añadió— que podía fiarme de usted; ciegamente.

Su último apunte era un sorprendente ejercicio de pensamiento mágico. Necesitaba que fuese cierto, de ahí que al decirlo le hubiese mirado a los ojos, como el que se santigua.

Fane esperó.

—Entenderá —prosiguió Vera— que solo hablando de esto con usted ya estoy a un tris de violar el acuerdo de confidencialidad con mis pacientes, que han de saber que pueden decirme lo que quieran sin que salga de esas cuatro paredes. La confianza absoluta es fundamental en el psicoanálisis.

—Lo entiendo.

—Y por mi parte necesito tener esa misma clase de confianza en usted. Me fío de la recomendación del señor Moretti, pero a él no le he contado lo que le voy a relatar a usted. No será con él con quien me lance del precipicio.

10

Hacía un uso interesante de las metáforas. No era ninguna exageración calificar a Vera List de «desesperada».

—Mire, ni siquiera sé a qué se dedica. El señor Moretti me dijo que debería hablar con usted pero no me explicó por qué. O sea, deduje que usted podría ayudarme, aunque la verdad es que fue bastante críptico al respecto. —Calló un instante para luego añadir—: Enténdame, yo no quiero nada ilegal. Eso lo tiene claro, ¿no? —Ladeó la cabeza y enarcó las cejas, a la espera de una respuesta.

Al ver asentir a Fane se relajó un poco.

—Bueno, el caso es que el señor Moretti tampoco me contó mucho, como le he dicho —insistió ella—. Necesito saber algo más antes de poder hacer esto.

—Me parece justo —concedió Fane. La terapeuta tenía toda la razón. Las personas que habían acudido a él en los últimos años estaban familiarizadas con su mundo, habían vivido en sus márgenes, en esa región inestable donde todo está envuelto por una sombra de incertidumbre.

Vera List, por el contrario, y a pesar de su profesión, era del mundo corriente, donde la ambigüedad no suele ser bien

recibida y solamente es un tema de debate teórico. Al menos, así lo había sido hasta la fecha.

—Hace cuatro años —empezó Fane— me vi envuelto en un escándalo en el Departamento de Inteligencia de la policía, donde llevaba unos doce años; por aquella época pertenecía a la Unidad de Operaciones Especiales. Allí es donde se guardan todos los secretos. Aquello es pura intriga: los años pasan, pero los secretos permanecen, tienen fecha de caducidad.

»Al final me vi obligado a abandonar el cuerpo. Meses después recibí la llamada de un reconocido abogado litigante que me pidió que fuese a ver a uno de sus clientes. Aquel hombre tenía un problema: debía decidirse entre dos opciones que provocarían consecuencias igual de nefastas. Le ayudé a encontrar una tercera vía.

11 »Fue un favor al que no di mayor importancia. Luego, al cabo de cuatro meses, recibí otra llamada. El primer hombre al que ayudé me había recomendado a otra persona; fue el comienzo de un oficio accidental. No hay ninguna descripción de un trabajo que encaje con lo que hago. No tengo currículum vitae ni doy referencias.

Vera List le estaba mirando fijamente, exprimiendo el sentido de cada sílaba. Hasta los espacios entre las palabras le hablaban.

—Hallar una solución a su problema no es una cuestión de «si», sino de «cómo» —continuó Fane—. Y respecto a lo de confiar en mí le diré que en el negocio de la inteligencia el patrón oro es la garantía de alguien en quien ya confía. Y en ocasiones eso es todo lo que uno tiene cuando ha de tomar la decisión de saltar.

»Si quiere hablar con Moretti antes de ir más lejos, por mí bien. Y si no vuelvo a verla, tampoco me supondrá ningún problema.

Vera List alzó la barbilla, asintió y respiró lenta y profundamente. Fane supuso que tendría el corazón al borde de la fibrilación.

—Lo siento mucho, pero no estoy tan tranquila como me gustaría.

Fane lo comprendía. Normalmente era ella la que esperaba escuchar de boca de otro la historia perturbadora. Le resultaba desconcertante que los papeles se invirtieran.

—Esta situación —empezó a contar— es... inquietante. Ambas son mujeres, con personalidades muy dispares. Proceden de ambientes muy distintos, tienen intereses y preocupaciones diferentes. No se conocen entre sí y nunca se han visto. Mis pacientes entran y salen por dos puertas diferentes y así nunca se cruzan.

»Ya hace dos años que Elise es paciente mía. Lore, en cambio, lleva solo seis meses viniendo a mi consulta. Ambas están casadas. —Hizo una pausa—. Y tienen un amante.

»La aventura de Elise dura ya unos cinco meses. Ignoro el nombre del hombre, pero, desde que empezaron, el lío se ha convertido en el eje de nuestras conversaciones durante meses.

»Ha sido una relación intensa desde el principio. El hombre la ha seducido en todos los sentidos de la palabra. Me cuenta que prácticamente puede leerle la mente, que conoce sus pensamientos más íntimos, intuye sus necesidades, sus deseos, sus miedos. Esto resulta de lo más cautivador, claro; la tiene hechizada.

Vera tenía las manos apoyadas en el regazo, con las yemas entrelazadas sin tensión. No había alianza, se sorprendió Fane. La postura era un tanto remilgada, pero parecía natural y despreocupada.

—En ocasiones —prosiguió— he notado que a Elise le resulta algo... inquietante. Pero no lo suficiente para romper con él. Es típico de ella: es guapa y está necesitada; es compasiva, con tendencia a la autodestrucción, aunque al mismo tiempo es una superviviente.

»La otra mujer, Lore, empezó su aventura poco después de acudir a mi consulta. Tampoco sé el nombre del amante. La primera vez que mencionó el lío pareció algo secundario. Al contrario que Elise, no era algo de lo que Lore quisiese hablar.

»Sin embargo, al cabo de unos meses empezó a dibujarse un extraño patrón. Lore comenzó a hablar de su amante, y cuando lo hacía me recordaba muchísimo a Elise. Él tenía una

intuición increíble. Prácticamente podía leerle la mente. La conocía como la palma de su mano, sabía lo que quería, lo que temía, conocía incluso sus fantasías.

Vera se detuvo y tragó saliva una vez y luego otra. Fane se levantó para ir al baño, donde llenó un vaso de agua que le tendió a Vera.

—Gracias —le dijo esta, y acto seguido le dio un sorbo. Se aclaró la garganta mientras él volvía a su silla—. Al principio me fascinaban las similitudes entre ambos romances, pero esperaba que el caso de Lore acabase tomando sus propios derroteros. Sin embargo no fue así. De hecho las similitudes se acentuaron; había detalles de su conducta sexual que eran idénticos a los que describía Elise. Estaba alucinada. —Otro trago—. No podía por más que pensar que Elise y Lore estaban viéndose con el mismo hombre. Porque, a ver, que dos mujeres que no se conocen mantengan una aventura con un mismo hombre puede ser, pero lo que ya es mucha casualidad es creer que tengan la misma psicoanalista. Me asusté bastante.

13

—¿Está usted completamente segura de que no se conocen? —inquirió Fane.

—¿Completamente? Pues no.

—¿Sospecha que sea posible?

—No, la verdad es que no. Me he devanado los sesos intentando averiguar cómo ha podido pasar. ¿Se estará colando este hombre en los historiales de mis casos? Si quiere que le diga la verdad, no se me ocurre otra explicación.

»Decidí hacer algo que, visto ahora, parece una tontería. Sembré mis notas de las dos siguientes sesiones de Elise y Lore de información falsa, con cosas que estaba segura de que él les mencionaría si de verdad leía los archivos. Por supuesto, aunque él así lo hiciera, no tenía garantías de que ellas me lo fuesen a contar a mí. —Pausa enfática—. Al cabo de unas semanas cada mujer me habló de una extraña conversación que había tenido con su amante; este había querido hablar sobre algo que a ambas les había parecido totalmente fuera de contexto. Les resultó extraño.

—La información que usted había introducido.

—Sí.

- ¿Puede que se equivoque?
- No. Ese hombre está entrando en los historiales de mis casos y utilizando mis notas para colarse en sus mentes.

### Capítulo 3

Fane la observó con el vaso en el regazo y se dio cuenta de que el lenguaje corporal que antes había interpretado como un apego por la precisión era en realidad otra cosa: era pánico reprimido.

—Dice usted que ninguna de las dos mujeres ha mencionado nunca el nombre de ese hombre. ¿Se lo ha preguntado?

15 —No, al principio carecía de importancia. Ambas evitaban deliberadamente ponerle nombre y yo quise respetarlas. Con el tiempo se convirtió en la norma para nuestras conversaciones sobre sus aventuras.

—¿Tiene alguna idea de cómo podría estar él utilizando tal información? —preguntó Fane—, ¿o cómo planea usarla?

—Bueno, es evidente que la utiliza para manipularlas. Está el sexo, desde luego, y tal vez la cosa no vaya más allá. Pero no sé... algo me dice que no se limita al sexo.

—¿Ha cambiado la configuración de su seguridad?

—No me he atrevido. Me parecía que ya me había arriesgado bastante al colarle información falsa. Cuando Elise y Lore se mostraron confusas ante aquellas referencias, él debió de sentirse desubicado, pero poco más. En cambio, si aparte de eso ahora se encuentra de repente con que se ha modificado la configuración... Tengo miedo de que se dé cuenta de que le he pillado.

—Bien, una decisión muy acertada. ¿Desde cuándo está segura de esto?

—Hace solo unos días, tres en concreto.

Marten Fane miró por las ventanas. La lluvia, iluminada en contrapicado por las farolas, caía en centellas agónicas.

Cuando volvió la mirada Vera le estaba observando fijamente.

—No quiere recurrir a la policía ante la posibilidad de que todo salga a la luz.

—Exacto. Mis historiales contienen datos que pueden destruir las vidas de estas personas. Para mí resulta impensable desencadenar a sabiendas una situación en la que tales archivos pasen a ser de dominio público en un juicio. —Se revolvió en su asiento—. Escuche, señor Fane, no estoy muy segura de qué es lo que le estoy pidiendo exactamente, pero se me antoja que tiene que haber una manera de detener a ese hombre sin que mis pacientes lleguen a saber que sus archivos se han visto comprometidos, una forma de resolverlo sin que nadie se entere jamás de lo ocurrido. —La energía que emanaba Vera era casi cinética—. Yo también vivo con secretos —prosiguió—, igual que usted; los escucho a diario. Una decena de vidas evoluciona todos los días, año tras año, en cierto modo gracias a que sé guardarlos. Si revelo lo que se me cuenta en confidencia, estas vidas podrían evolucionar de otra manera, tal vez trágica. —Clavó sus ojos oscuros en él—. Lo que está haciendo ese hombre es otro secreto más que trato de guardar, aunque en este caso voy a necesitar cierta ayuda.

26

Vera List no estaba pidiendo consejo sobre si hacía o no lo correcto. A Fane le daba la impresión de que, pese a su miedo palpable, ella ya había decidido que no tenía alternativa.

—Sé que comprende que lo que quiere usted hacer es algo serio —dijo Fane—, pero hay ciertas cosas que debe considerar antes de proseguir.

Vera aguardó la continuación.

—Lo primero es que este tipo de cosas nunca salen como uno espera. Por muy inteligentemente que se aborden, o por muy bien que se planeen, siempre se producen sorpresas desagradables. Y si estas prosperan de un modo inapropiado, pueden acabar con usted.

»También ha de saber que tomar cierto camino la expone a desafiar la ley de diversas formas. —Vera alzó un poco la barbilla—. Yo no soy abogado, pero me da la impresión de que si sigue permitiendo que ese hombre acceda a los historiales de sus casos, está usted autorizando a sabiendas una violación de los archivos de sus clientes. Si él comete un delito como re-

16

sultado de esa infiltración ilegal, corre usted el peligro de que la acusen de actuar como cómplice e instigadora.

»Si cree que ese hombre planea utilizar la información de sus archivos con fines delictivos y no informa de ello a las autoridades legales, es susceptible de ser acusada de encubrir una acción delictiva.

—Pero si solamente es una sospecha...

—Y si cree que esas señoras están en peligro y no las advierte, o no informa de lo que ocurre a las autoridades competentes, es susceptible de ser acusada de negligencia criminal o, peor aún, de connivencia.

Vera no dijo nada. Aquello no era ni por asomo lo que había esperado oír de él. Cerró los ojos.

Fane advirtió el ligero cambio en la subida y bajada de su pecho, y la sutil alteración en su entrecejo. ¿Cuántas otras mujeres, en la larga historia del viejo hotel, se habrían sentado junto a esas mismas ventanas en otras tantas noches lluviosas lidiando con las circunstancias desconcertantes de sus historias particulares?

17

Vera abrió los ojos:

—Ha utilizado varias veces la palabra «susceptible». Ninguna de esas consecuencias son inevitables de antemano, ¿me equivoco?

—No.

La psicoanalista le miró con un interés repentino, sereno:

—Algo me dice que es usted una persona muy reservada. —Fane no respondió—. Entenderá entonces —continuó ella como si el silencio de él confirmara su suposición— lo que supone ver su mente expuesta a la luz pública, su yo más secreto convertido de buenas a primeras en objeto de escarnio.

Vera se levantó y fue hasta las ventanas. Con un hombro apoyado contra el marco, se cruzó de brazos y se quedó contemplando la húmeda noche. El vestido de punto gris le dibujaba una elegante línea desde la cadera arqueada hasta la pantorrilla.

—Si voy a la policía —prosiguió volviéndose hacia él—, detendrán a ese hombre y se celebrará un juicio público. Reclamarán mis historiales como pruebas. Mis pacientes son demasiado ricos y guapas, están excesivamente encumbradas en

sus pedestales para bajarse. Se producirán filtraciones y se revelará su identidad. Comenzará un goteo de pedazos de sus vidas, de los peores fragmentos, y este se convertirá en avalancha, en otro circo mediático como los muchos que ya conocemos. Se sacrificarán otras dos vidas más para entretenimiento del público.

—Parece muy segura de eso —comentó Fane.

—Es la cultura imperante en nuestros días, ver a gente que se autodestruye, vidas que se van por el sumidero; es nuestro pasatiempo nacional. Somos unos yonquis de los trapos sucios.

Este comentario sin recato hizo que Fane intuyese que la terapeuta había pasado por experiencias duras. Lo cierto era que no podía contradecirla; el anonimato y la intimidad son el último refugio de la cordura en un mundo cada vez más hipervinculado, más a corazón abierto, más desnudo digitalmente y ávido de cotilleo. Son tan poco frecuentes como la modestia y, una vez perdidos, resultan tan irrecuperables como la inocencia.

18

—Y puede que Elise y Lore no sean las únicas víctimas. He descubierto que ese hombre está leyendo estos archivos solamente por la forma en que utiliza la información, porque esta vuelve a mí como un bumerán. Pero ¿y si se está metiendo también en los historiales de otros clientes míos? ¿Cómo puedo saber si utiliza esa otra información de manera distinta?

—¿Cree que podría estar haciéndolo?

—A esa clase de hombre le costaría resistir la tentación de echar mano del resto del material.

Vera List lo veía todo bastante negro.

—Me ha contado que cree que la razón para entrar en los archivos de sus pacientes es manipularlas, muy probablemente con fines sexuales. Pero tiene la sensación de que la cosa no acaba ahí. ¿A qué se refiere?

—Es por la forma en que Elise y Lore me hablan de él. Da la impresión de ser una persona más compleja que un simple mirón o un pervertido sexual. Verá, es solo que tengo la sensación de que lo que les está pasando a esas mujeres no es... no es tan sencillo. Hay algo más.

—¿En qué sentido es más complejo?

La pregunta la incomodó.

—Yo... Lo siento, pero si hablo de eso estaría entrando en sus relaciones. Estaríamos pasando... a otro nivel.

—Tengo que saber de quién estamos hablando —insistió Fane.

Vera asintió, sabedora de que tendría que acabar cediendo.

—Elise es Elise Currin.

—¿La mujer de Jeffrey Safra Currin?

—Sí.

Fane comprendió al instante la ansiedad de Vera; no tardaron en venirle a la cabeza una docena de razones que la justificaban.

—¿Y la otra mujer?

—Lore Cha. Su marido es Richard Cha, tiene una empresa en Silicon Valley de algo de innovación y *software*; un montón de patentes y de dinero. Ambición.

—¿Ninguna de ellas sabe lo que ha descubierto?

19

—Desde luego que no, y así quiero que siga. Aparte de mí, usted es el único que lo sabe.

Currin era un destacado miembro del elitista club al que pertenecen apenas unos miles de individuos en el mundo, aquellos que han amasado tal influencia gracias a la riqueza, al talento o a la falta de escrúpulos que sus vidas afectan, con sus decisiones y sus acciones, a millones, a miles de millones incluso, de personas. Era directivo de media docena de multinacionales y dueño de otra media. Sus amigos pertenecían a esa clase de gente que sacaba buen partido de su posición privilegiada; compraban contactos en Washington y sus aviones privados estaban familiarizados con las pistas de aterrizaje de Londres, Dubái, Hong Kong, París y Bombay.

El chantaje era lo primero que le venía a la cabeza. Sin embargo, al igual que Vera, la intuición de Fane le decía que se trataba de una posibilidad demasiado obvia.

—Tiene tres cosas a su favor —le dijo Fane— y sin ellas no estoy seguro de que podamos abordar el problema como a usted le gustaría. En primer lugar, fue muy inteligente por su parte no alertar a ese tipo de que le había pillado. Lleva saliendo con la suya un tiempo y debe de sentirse bastante a sus

anchas. Eso está bien. En segundo lugar, no le ha dicho ni a Elise ni a Lore lo que está ocurriendo. Eso nos da cierto margen de maniobra, más opciones. Y tercero, sabe usted guardar un secreto.

»Estoy interesado en ayudarla —continuó—, pero tiene que entender que lo que quiere hacer pondrá en marcha un engranaje que opera al margen del sistema. Y siempre que uno se sale del sistema paga un precio; es fácil subestimar el coste.

—No me asusta tener que tomar decisiones difíciles o vivir con las consecuencias.

—Va más allá. Se está metiendo en esto sin saber qué moneda tendrá que usar para pagar el precio. ¿Una conciencia limpia? ¿Respeto por uno mismo? ¿Pérdida de la fe... en sí misma, en los demás?

—Eso es bastante deprimente —contestó a la defensiva—. ¿Hay algo que dicte que eso es siempre así?

—No quiero que se ilusione.

Vera lo estudió por un instante y volvió a su sillón para sentarse.

—A mí Jeffrey Currin o Richard Cha me importan poco. Pero tengo una obligación para con sus mujeres. Si permitiese que saliera a la luz lo que me cuentan confidencialmente, estaría faltando a mi responsabilidad. Sería demoledor para ellas.

»Además, estoy segura de que para usted es obvio, pero quiero decirlo abiertamente para ser justa: también a mí me arruinaría. Y no voy a permitir que eso ocurra; encontraré el modo. Y pagaré el precio.